

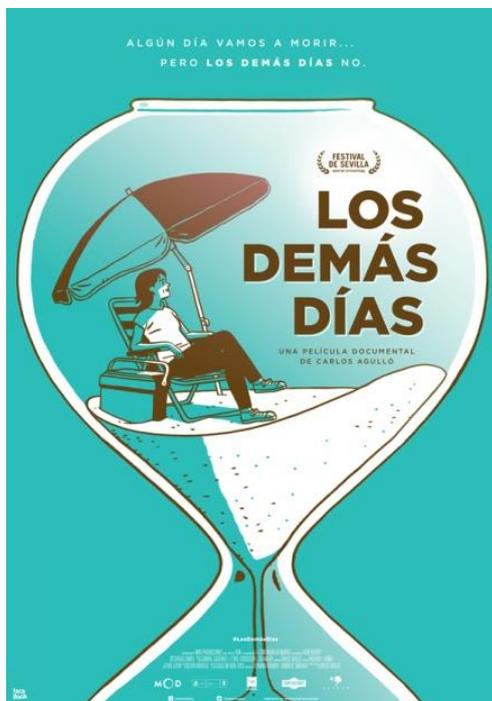
Los demás días: viviendo hasta el final

Dr. Antonio Blanco Mercadé

Doctor en Medicina, Máster en Bioética y Consultor de Ética Clínica.

Complejo Asistencial Universitario de León.

*“Es bueno que la vida sea larga,
pero es más importante que sea ancha”.*
(Antonio Fraguas, Forges)



El paso inexorable del tiempo.

El espectador se encuentra ante el cartel. Es obra de Paco Roca, el autor del cómic *Arrugas* (2007), llevado al cine de animación por Ignacio Ferreras (2011) y que cuenta los avatares de un grupo de ancianos que viven esperando la muerte (Blanco, 2014). Con ese trazo limpio tan característico en él, Roca dibuja a una mujer recostada en una hamaca bajo la sombrilla, como si estuviese en la playa, ajena al paso del tiempo, como en un cuadro de Edward Hopper. Y el tiempo va cayendo de forma inexorable hacia el espacio inferior del reloj de arena en el que ella se encuentra encerrada.

Este espectador siempre se ha sentido atraído por la magia de las máquinas que muestran y miden el paso del tiempo. En este caso se trata de un tiempo de arena, guardado en el interior de un recipiente de cristal que representa la vida y que, paradójicamente, tiene la forma del signo

infinito puesto de pie. La vida que conocemos no es infinita y, como la arena del reloj, al principio disminuye lentamente, pero en el tramo final parece que es absorbida a gran velocidad, hasta que se pierde del todo por una especie de desagüe. Conforme pasa la vida, el tiempo transcurre cada vez más deprisa y termina abocando en un hecho seguro, inevitable y universal, al que llamamos muerte.

Una obra de arte.

Los demás días muestra ese transcurrir final, cuando la vida está agotándose de forma inexorable. Se trata de una hermosa obra dirigida por Carlos Agulló Coloma (1974) que obliga al espectador a reflexionar sobre la evidencia de su propia muerte y le hace pensar que “*la muerte es la más sorprendente de todas las noticias previsibles*”, por eso “*la frase más frecuente de las lápidas de los cementerios, nunca te olvidaremos, descansa sobre la hipótesis tácita de que solo se mueren los demás*” (Wagensberg, 2014).

Pero la vida nos enseña que la muerte llega a todos por igual, como los ríos de Jorge Manrique, que van a dar a la mar sin hacer distinción por razones de cultura, raza, edad, religión, estatus... Así, musulmanes, católicos, ricos, pobres, blancos, negros, jóvenes, mayores... todos sufren y todos mueren, como queda reflejado en la película. Se trata de un documental que narra el final de las vidas biológicas, pero sobre todo que narra las culminaciones de las biografías en una serie de personas que son únicas. Porque nuestras vidas son eso: lo que nos pasa, lo que nos sucede, lo que somos (Ortega, 2012).

Encerrados como estamos cada uno de nosotros en este reloj de arena que es nuestra propia vida, necesitamos respirar arte puro para seguir viviendo. *Los demás días* es una obra de arte puro. El espectador aprecia y agradece la formación en Bellas Artes y la experiencia como montador de cine que tiene el director y guionista Carlos Agulló. Está delante de un precioso mosaico compuesto por numerosos fragmentos pequeños que son secuencias cortas. Algunas de ellas tratan de sufrimiento, miedo o inseguridad, pero se intercalan sabiamente con otras escenas amables: un paseo por el parque o la playa, la guitarra que llena el aire o una mujer tocando el piano, primero junto al marido enfermo y al final con su hija, cuando él ya se ha ido. La música es otra bocanada de arte puro. No cura, pero sí proporciona serenidad, bienestar y paz interior al enfermo y a quienes le rodean. Una canción de Moustaki anima, reconforta y, en definitiva, alivia. Y eso es lo que necesitan los enfermos siempre, especialmente cuando no pueden curarse.

La vida no puede ser una lucha contra la muerte. “*Si te tomas la vida como una lucha contra la muerte, estás perdido*”. Eso dice Pablo Iglesias, el médico protagonista de la película y amigo entrañable de este espectador.

Diferentes perspectivas.

La enfermedad es para el ser humano una experiencia biográfica en el contexto de su propia vida y, al igual que ésta, tiene una estructura narrativa. El cine puede transmitir conocimientos y despertar sentimientos en el espectador (Blanco, 2005). *Los demás días* permite observar desde puntos de vista distintos cómo se va desarrollando la enfermedad y el proceso de morir y cómo se establece en cada uno de los casos la relación entre el paciente, los profesionales sanitarios y la familia. Esos son los tres vértices que conforman el triángulo de la relación clínica, un tipo de relación que siempre es especial, pero mucho más cuando su objetivo ya no puede ser curar, sino procurar el alivio, el cuidado, el bienestar y el consuelo del enfermo y de su entorno.

El enfermo es siempre el vértice más importante de ese triángulo de relación. En *Los demás días* los verdaderos protagonistas son los enfermos que se despiden porque se encuentran en la última fase de alguna enfermedad incurable y letal. La película es, ante

todo, un tributo a todos ellos. Cuán importante resulta conocer el punto de vista de los enfermos: *“Si hace años alguien me hubiese dicho que yo iba a estar así, yo hubiese preferido no estar, pero ahora quiero seguir viviendo”*. No es lo mismo pensar “cómo sería”, que estar sintiendo y sabiendo “cómo es”. Muchas veces uno no puede elegir las cosas que le pasan en la vida, pero sí puede elegir la manera de afrontarlas. Por ejemplo, como dice Pablo, abriéndose a una *“dimensión espiritual, que es como la física o la psicológica, y tiene una gran importancia en la vida”*. También puede emerger en la persona enferma un afán de trascendencia: *“pienso que mi vida tiene que servir para algo o para alguien, tiene que tener un sentido”*, y es entonces cuando cobra sentido la narración del sufrimiento vital de algunos semejantes que están cercanos a la muerte.

Aquí no hay actores, sino enfermos reales que viven su propia tragedia vital, porque la realidad es dura y la gente solo muere maquillada en las películas, como una vez dijo Pablo. *Los demás días* cuenta las duras historias de unos protagonistas fuertes y trae el recuerdo de otra gran película documental titulada *Las alas de la vida* (2006), dirigida por Antoni Canet y protagonizada por el médico Carlos Cristos, que fue narrando en primera persona el tramo final de su vida.

Otro vértice del triángulo lo constituyen los profesionales sanitarios. En *Los demás días* los que más presencia tienen son el médico Pablo y la enfermera Gema, que cuentan con el privilegio de atender a los enfermos en sus casas, sentarse en sus camas y escuchar los corazones que se abren. Trabajan de una manera muy poco tecnicizada y no necesitan batas que los identifiquen en su rol. El domicilio es el escenario ideal para establecer una relación verdaderamente humana. Casi las únicas tecnologías presentes son la cámara de cine y el micrófono, que entran en el domicilio y en la intimidad de sus habitantes, pero lo hacen de forma respetuosa y no invasiva, como lo demuestra la confianza que tienen tanto los enfermos como sus familiares. Es cierto que en la película también se muestran ejemplos de una medicina hospitalaria de gran calidad humana.

Pablo es ejemplo paradigmático del buen médico bueno, el que ejerce una buena medicina científica, pero sin olvidar nunca que lo más importante de su profesión es el material con que trabaja: el ser humano. Por eso Pablo tiene una relación de amistad con sus pacientes, esa relación que tan bien describió Laín Entralgo (2003). Eso es lo que se debe transmitir a los médicos jóvenes. En la película, Celia, que es médico residente y está rotando con Pablo y con Gema, descubre una manera de hacer medicina en la vida real del dolor, del sufrimiento y de la muerte. Una manera seguramente distinta de la que aprendió en la Universidad, pero que se identifica claramente con la vocación primigenia del médico que quiere ayudar al semejante enfermo. Celia aprende de Pablo, por ejemplo, que *“tenemos que olvidar que salir bien es que viva y salir mal es que muera”*. Y aprende también algo tan importante como que los médicos *“a veces vemos a los pacientes como campos de batalla, de tal forma que nos ocupamos del enemigo, que es la enfermedad, pero nos olvidamos del campo de batalla”* y *“tenemos que cuidar a nuestros pacientes”*. Esta debería ser la lección más importante de todas para los médicos que empiezan.

Puede decirse que Pablo y Gema tienen un trabajo en el que las situaciones tristes son lo habitual. Las familias, por su parte, son elementos directamente implicados y están obligadas a participar. Por eso, a quienes ven la película y se enfrentan con situaciones tan duras, les resulta más fácil identificarse con Celia, la residente, porque también ella es un agente externo sensible que reacciona emocional y racionalmente de modo parecido.

En *Los demás días* el equipo sanitario también se preocupa de cuidar a los cuidadores y familiares de los enfermos, que son el tercer vértice del triángulo de relación clínica. Se ocupa de reconocer su esfuerzo y de subirles la moral: “*lo estás haciendo muy bien*”, “*él puede estar contento y orgulloso*”, “*tienes un mérito importante*”, “*ojalá todos tuviésemos una hija como tú cuando nos vengan las cosas mal dadas*”. El médico y la enfermera se reparten las tareas de hablar separadamente con los enfermos y con sus familias, explorando así las necesidades de cada uno. También son una pieza fundamental en el duelo, incluso elaborando cartas de apoyo.

Los demás días enseña cómo debe hacerse un esfuerzo terapéutico adecuado en cada enfermo y en cada momento y cómo deben limitarse las medidas que no están indicadas y que no aportan ningún beneficio a los pacientes (Blanco, 2018). No se trata de hacer un esfuerzo dirigido a la curación, pero sí de tratar de forma integral a las personas enfermas, lo que implica cuidar aspectos físicos, psicológicos y espirituales, ya sean éstos religiosos o no. Es fundamental controlar los síntomas a demanda, sin escatimar esfuerzos, llegando a la sedación cuando es necesario. “*Hay recursos para controlar los síntomas*” y, como añade Pablo, “*no intentamos alargar nada, pero tampoco podemos acortarlo artificialmente*”. Esto último, el tema de la eutanasia y del suicidio asistido, no llega a plantearse en la película, sencillamente porque no es necesario hacerlo, ya que se está ayudando a que los enfermos vivan lo mejor posible. Es por eso que ellos no piden ni desean morir.

La comunicación.

Para estos pacientes no puede haber nada peor que la soledad y el abandono. *Los demás días* deja claro que nunca se les puede abandonar, antes, al contrario, hay que acompañarlos de forma activa, estableciendo con ellos y con sus cuidadores unas relaciones transparentes, informándoles de la situación de un modo adecuado, con franqueza y en la medida en que ellos desean saber. La transparencia comunicativa es un aspecto esencial, procurando romper los pactos de silencio, que aumentan de modo absurdo el sufrimiento de todos.

Pablo utiliza el método socrático, la mayéutica, que consiste en lanzar preguntas al enfermo para que éste saque lo mejor de sí mismo: “*¿tú no te planteaste que podía pasar esto?*”, “*¿cómo quieres que sea el final?*” También utiliza sabiamente la comunicación no verbal. Escucha de forma activa y emplea muy bien los silencios, que en ocasiones parecen prolongarse mucho, hasta que el enfermo rompe a hablar. Estos silencios largos se acompañan de un oído preparado para escuchar y comprender. El espectador aprende con esos silencios, con las miradas sostenidas, las expresiones y las actitudes corporales. Aprende con el contacto físico, con el tomar la mano del enfermo. Y llega a emocionarse con tantas emociones expresadas.

Paradójicamente, además de la pena, también el sentido del humor y hasta la risa están muy presentes en *Los demás días*, lo que le convierte en una película amable y de buen recuerdo para el espectador. El humor es una forma de estar en la vida y de ver el mundo, como decía Antonio Fraguas (2016), quien añadía que “*el humor es un bálsamo para ese viaje sin retorno y a la postre doloroso que para los humanos es la vida*”.

Algún día vamos a morir, pero los demás días no. Por eso tenemos que procurar que la vida sea ancha. Más que morir bien se trata de vivir bien hasta el último momento: “*hasta que me muera, yo quiero estar viva*”.

Bibliografía

- Blanco Mercadé, Antonio (2005). Bioética clínica y narrativa cinematográfica. *Rev Med Cine*, 1 (3), 77-81.
- Blanco Mercadé, Antonio (2014). Hemos visto. Arrugas: esperando la muerte: *EIDON*, 41, 142-146.
- Blanco Mercadé, Antonio (5ª Edición, 2018, en prensa). La ética clínica en el final de la vida. En Wilson Astudillo, Carmen Mendinueta y Edgar Astudillo (Eds.), *Medicina paliativa. Cuidados del enfermo en el final de la vida y atención a su familia*. Pamplona: EUNSA.
- Fraguas de Pablo, Antonio (2016). Discurso de investidura como Doctor Honoris Causa de la Universidad de Alcalá de Henares.
- Laín Entralgo, Pedro (2003). *El médico y el enfermo*. Madrid: Triacastela.
- Manrique, Jorge (1995). A la muerte de su padre. En *Las mil mejores poesías de la lengua castellana*. Madrid: Ibérica.
- Ortega y Gasset, José (2012). *¿Qué es filosofía?* Madrid: Austral.
- Wagensberg, Jorge (2014). *Más árboles que ramas: 1116 aforismos para navegar por la realidad*. Barcelona: Tusquets.

Ficha técnica - TÍTULO "Los demás días"; DIRECTOR Carlos Agulló; GUIÓN Carlos Agulló; AÑO 2017; PAÍS España; FOTOGRAFÍA Rita Noriega; MONTAJE Carlos Agulló; PRODUCTORA Mod Producciones; DISTRIBUIDORA Super 8; GÉNERO Documental; DURACIÓN 90 minutos.